

MONTEVIDEO NO ESTÁ EN URUGUAY

JOSÉ ALFREDO SÁNCHEZ

MONTEVIDEO
no está
en URUGUAY

Primera edición: septiembre de 2025

D. R. © José Alfredo Sánchez

D. R. © Mano Santa Editores, por la edición.

Director: Jorge Esquina

Editor: Emmanuel Carballo Villaseñor

Diseño y diagramación: Luis Fernando Ortega

Colección: **Prueba de autor**

Codirección: Luis Fernando Ortega y Lizzie Castro

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

manoSanta
EDITORES
COLECCIÓN: PRUEBA DE AUTOR

*Para mi hermana Gabriela,
involuntaria cómplice de este diálogo imaginario.*

—**¿QUÉ SE VIENE A TU MEMORIA** cuando piensas en aquella casa?

—No lo pienso mucho, hermano: primero el nombre de la calle, Montevideo. Las calles con nombre de ciudades de América: Ontario, Montreal, Alberta, Guayaquil, Córdoba, Toronto, Río de Janeiro, Ottawa, Bogotá, Buenos Aires, Quebec. Ninguna de Estados Unidos, que conste.

—¿Qué más?

—Mmmmm, el sonido hueco de las habitaciones semivacías, un cierto olor a nuevo por las paredes recién pintadas de blanco; la cantidad de moscas que había que exterminar cada día y, por tanto, el pertinaz olor del insecticida; las arañas patonas que proliferaban en el jardín; aquel disco de Joan Manuel Serrat donde musicalizaba a Antonio Machado.

—Recuerdo la historia de ese disco, fue en la Ciudad de México, antes de la mudanza a Guadalajara, ¿cierto?

—Cierto; la tía Doris nos invitó a su concierto en el Teatro del Ferrocarrilero.

—En aquel tiempo Serrat no era conocido, ni idea teníamos de quién era. Mi gusto por el Rock me hacía impermeable a casi cualquier otro género. Re-

cuerdo poco de esa presentación, salvo que a la salida la tía, generosa como siempre fue, compró aquel disco y te lo regaló. Las canciones de Serrat se convirtieron en una especie de banda sonora familiar que ambientaba las tareas domésticas: el acomodo de muebles o la limpieza en la nueva casa de Guadalajara.

Todo pasa y todo queda, pero lo nuestro es pasar...

*Vosotras, las familiares, inevitables golosas,
vosotras moscas vulgares me evocáis todas las cosas...*

*

—A TI SE TE ASIGNÓ LA MEJOR recámara, en la segunda planta, la única con ventanal a la calle y baño propio, ¿qué más podías pedir?

[6]

—Sí, un privilegio. Mi refugio personal para escuchar mi tocadiscos portátil, tocar la guitarra, leer revistas. Decoré las paredes con fotos de rockeros y un provocador póster que compré en la Librería México de Plaza del Sol, donde se veían unos pies entrelazados y desnudos de un chavo y una chava junto a aquella leyenda hippie: *Haz el amor y no la guerra*.

—Mis papás se escandalizaban por tus gustos y tus ideas, también por tu necesidad de dejarte crecer el pelo.

—En realidad era muy moderado; en la escuela me reprimían.

—Pero sí recuerdo las discusiones con mi papá por tu música. No le gustaban «los guitarrazos» y te ponía como ejemplo a *Los Panchos*, ja, ja, ja, ja...

—«¿Ya oíste qué buen requinto?», me decía. Yo me hacía el loco y seguía con Jimi Hendrix o Alvin Lee. Con el tiempo descubrí que tenía razón; aquellos requintistas eran realmente buenos. También le reconozco sus esfuerzos por acercarse y tratar de comprender. En una ocasión, yo escuchaba el *Get Yer Ya Yas Out* de los Rolling Stones y mientras sonaba *Love in Vain* llegó mi padre y me dijo: «Eso que estás oyendo es blues, ¿verdad?». ¡Me quedé con la boca abierta, hermana! ¡Cómo no iba a ser blues si era una canción de Robert Johnson!, aunque entonces ni sabía quién era ese señor.

[7]

—LA PLANTA BAJA: sala-comedor amplia, cocina y una fuente interior con un domo en el techo que sonaba estruendosamente con las tormentas tapatías.

—En el DF nunca habíamos escuchado truenos como esos, un rugido que crecía y lo callaba todo, ni habíamos visto tales cantidades de agua precipitarse del cielo. Unos pocos minutos y ya, suficientes para inundarlo todo. Recuerdo que una vez vino mi tía Valentina de visita en el verano y estaba espantadísima con la tormenta.

—Nos fuimos acostumbrando, aunque a veces regresábamos ensopados de la calle. ¿Tú qué más recuerdas, hermano?

—Un pequeño distribuidor donde mirábamos la televisión en un sillón incómodo. Y las tres recámaras restantes: una para ti, otra para los otros dos hermanos y la última de nuestros padres. El baño principal y un jardincito al fondo. Junto al distribuidor, el patio de servicio y las escaleras que conducían a la azotea...

—... donde vivía Tomasa, la empleada doméstica (*la muchacha* le decíamos entonces), en el *cuarto de servicio*. Ella vino desde México con nosotros, muy jovencita, y pareció adaptarse con facilidad a la nueva ciudad, a la nueva casa, a su nuevo cuarto, a su nueva vida.

—No estoy seguro, hablaba tan poco, no sé lo que pensaba o sentía en verdad. Era oaxaqueña; no le conocimos más familia, aunque ocasionalmente pedía permiso para ir a su pueblo. Hablaba zapoteco, aprendió español, sabía leer y escribir. Tal vez se sentía insegura y por eso no decía mucho; nada más se reía. Era bajita, de ojos muy grandes, tenía el cabello largo y muy negro; lo cepillaba todos los días.

—Veía la televisión con nosotros en la noche.

—Preferíamos los canales nacionales que programaban telenovelas como *Simplemente María*, revistas como *El Show de Silvia y Enrique* o *Los Polivoces*, mu-

sicales como *Su Programa Nescafé* o series gringas del tipo *Bonanza*, *Mi Marciano Favorito* o *El Agente de CIPOL*. Ella comía por su lado. Era una costumbre que ahora me parece clasista: nos servía a todos de comer o cenar y, ya que habíamos terminado, comía ella. Nunca supe si le pagaban bien o mal.

—Los hijos no nos enterábamos de esas cosas.

—Y en cuanto le salió otra oportunidad, se fue a trabajar con unos canadienses. Se mudó, ya no de ciudad, sino hasta de país. ¿Qué habrá sido de ella?

*

—¿RECUERDAS EL RÍO, HERMANO?

—*El río...* le decíamos pomposamente a aquel arollo de aguas lodosas y escasas. Montevideo estaba junto a él; era la última calle de la colonia en 1970. Olía un poco mal, en especial en épocas de calor. En el temporal de lluvias llevaba más agua, pero nunca llegaba a ser verdaderamente un río. Montevideo... me hace pensar en el Río de la Plata que separa a dos ciudades, a dos países. ¡Qué ridículo! Aquello es casi un mar y esto era apenas un charco minúsculo.

—Años después fue entubado y encima le pusieron una vereda agradable y arbolada que escondió, supongo que para siempre, los olores pestilentes. ¿Y el ranchito?

—Sí, del otro lado del río había un pequeño rancho con algunos animales. No había más construcciones del otro lado del río. Era, pues, un ambiente más bien bucólico que contrasta con lo que ocurrió años después. La zona se volvió muy cotizada y se llenó de comercios y restaurantes. Desaparecieron el río y el ranchito y ahora hay enormes casas, edificios de departamentos, calles pavimentadas.

*

10]

—EL VECINDARIO ERA DE POCOS habitantes, todos de clase media acomodada. En la Ciudad de México, tú y Luis estaban acostumbrados a jugar en la calle con amigos, pero la mayoría de los niños vecinos ahora eran más pequeños que ustedes.

—Por eso yo me refugiaba en mi cuarto a oír música o tocar la guitarra, hasta que hice nuevos amigos en la escuela; vivían en otras zonas de la ciudad, me obligué a investigar cómo moverme en camión.

—¿Cómo eran los camiones?

—Había que caminar unas cinco cuadras hacia la Prolongación Américas (entonces *Carretera Vieja a Zapopan*), ahí tomar un camión que te acercara a la civilización y después otro, dependiendo del lugar a donde quisieras ir. Unos chatos amarillos, sección 1 y 2; los azules *Centro-Colonias*, otros verdes y un poco destalados, *Zapopan-Carretera Vieja*. A veces

iba al centro de la ciudad a comprar zapatos, a pagar la hipoteca de la casa, a algún encargo de mi mamá. Me gustaba caminar en esas calles ruidosas del centro. Me tocó ver las obras de construcción de Federalismo, la demolición de casas, desaparecieron las calles de Moro y Escobedo y apareció una *avenidota* que corre de sur a norte. Poco a poco fui entendiendo la ciudad, sus rumbos y sus rituales. Me sorprendía mucho que todo estuviera cerrado de dos a cuatro de la tarde, una costumbre que me parecía francamente pueblerina.

—Hubo cosas a las que tuvimos que acostumbrarnos, por ejemplo el pan.

—¡Sí!, era muy distinto de aquel de la panadería *El Escudo*, en el DF. El de aquí nos parecía chicloso, con una textura extraña. No conocíamos aquello de *fleima* o *salado* para distinguir los tipos de pan. Pero con el tiempo yo lo he apreciado y reconozco que es mucho mejor que el capitalino.

—Al bolillo le decían birote...

—... y al cinturón, fajo; al garage, cochera; el bíceps, que en el DF nombraban conejo, aquí se llamaba pote; a la cubeta la llamaban balde; a las hormigas, *asquiline*; a las plumas, lapiceras; a la goma, borrador.

—Había cierto recelo tapatío con los recién llegados. Yo notaba que no éramos del todo aceptados, que no pertenecíamos.

11]

—Te preguntaban: «¿Y tú de cuáles Sánchez eres?»... No sabía qué contestar: ¿de los Sánchez de Andalucía, de los Sánchez de la Narvarte?

*

—SEGÚN RECUERDO, no vivía ningún joven de tu edad en nuestra misma calle.

—En la casa de la esquina vivía una pareja con un hijo un poco mayor que yo; lo veía rara vez, pero lo escuchaba; su cuarto daba a la calle y ponía rock a alto volumen. Tenía una moto, lo cual hacía que lo admirara más. Nunca hablé con él. Un día nos enteramos de que el joven había muerto. Guadalajara era centro de rebeliones guerrilleras, noticias de balaceras y atentados durante aquellos años setenta. Los dirigentes de la FEG andaban armados y se enfrentaban con otros grupos. Se hablaba también de *Los Vikingos* de San Andrés. Lo que se supo fue que, como otros de su edad, el vecino se afilió secretamente a la Liga Comunista 23 de Septiembre, acaso el más organizado y conocido de los grupos guerrilleros de entonces; sucedió una emboscada de la policía en un lugar donde se reunían los de la Liga, hubo disparos y aquel joven y otros que estaban con él murieron. La represión policial era brutal; la consigna era acabar de raíz con esos grupos que consideraban subversivos. Al poco tiempo

los padres se mudaron a otra parte y no volvimos a saber de ellos.

—Por suerte a ti no te dio por aquello ni te involucraste en la política.

—Tal vez era muy joven aún... si hubiera tenido dos o tres años más...

—Pero más bien te dio por la música, ¿y por las drogas no?

—Desde que vivía en el DF empecé a coquetear con el cigarro. En Guadalajara fumaba a escondidas de nuestros padres. Baronet, Fiesta o Bali; y cuando no había más: Delicados, Alas, Faros o Del Prado. Lo hacía en la calle, pero también en mi habitación cerrada. Casi nunca subían mis papás, y sospecho que se hacían locos porque seguramente el olor bajaba hasta el piso inferior. Tiempo después, cuando esconderse se volvió más problemático, decidí fumar enfrente de ellos. Se acostumbraron. Después de todo, mi papá siempre fumó sus Raleigh sin filtro.

—¿Y otras sustancias?

—Claro, la marihuana, en la escuela había varios que fumaban. Mi amigo Álvaro también consumía ocasionalmente unas pastillas llamadas Mandrax, pero me daban miedo. Mi relación con las drogas siempre ha sido de cierto respeto o temor o no sé qué. En cambio, con el alcohol no me ha pasado eso.

[12]

[13]

*

VIVÍ DIEZ AÑOS IMPORTANTES en esa casa: la adolescencia, la primera juventud. La adaptación no fue tersa: atrás dejé amigos, partidos de futbol inconclusos, niñas que empezaban a alebrestar la hormona. Encontré otros cómplices: amigos nuevos, estaciones de radio, tiendas de discos y grupos de rock para satisfacer los ruidosos apetitos auditivos. Todo con Montevideo como centro, aquella casa, el barrio silencioso muy lejos del Uruguay, el charco pestilente, la ciudad apacible con sus oscuridades bajo tierra, el radio con «Credencio Aguaclara» en su bocina. La ciudad y el barrio hoy son muy otros. John Fogerty ha cumplido ochenta años.

[14]

NOTA DEL AUTOR:

Los padres dispusieron la mudanza a Guadalajara. El padre viajó primero a reconocer el terreno. Se hospedó en una casa de asistencia cerca de La Minerva con un par de hermanas solteras oriundas de Lagos de Moreno, las señoritas Flores. Buscó y encontró casa para la familia, y gestionó un trabajo para él. La madre y el hijo mayor fueron a visitarlo en tren, en el célebre Pullman. Era verano, calor agobiante. Unas aguas frescas deliciosas y heladísimas amainaron la sed. La avenida López Mateos era empedrada en buena parte. La madre dio el visto bueno al nuevo domicilio y se acordó la fecha de la mudanza. En el día convenido se subieron de nuevo al tren en la estación de Buenavista a las ocho de la noche, ahora todos: tres hermanos, hermana y madre. Doce horas de trayecto con visitas en la noche y la mañana al carro comedor a degustar hot cakes o carne asada servidos con destreza por meseros habituados al bamboleo. Una aventura para todos, un trayecto incierto; allá no había familia ni amigos ni casi nada. Al llegar a la terminal en la avenida Washington, la madre buscaba un taxi donde cupieran con todo y equipaje. Un camión amarillo con letrero Analco-Moderna estuvo a punto de arrollar al hijo mayor. Todavía era verano y hacía más calor que en el DF.

[15]

Montevideo no está en Uruguay
de José Alfredo Sánchez
se terminó de imprimir
durante el mes de septiembre de 2025,
en Guadalajara, Jalisco.

MÉXICO

La edición consta
de 25 ejemplares, numerados y
firmados por el autor.